



ADMINISTRACION
Santa Isabel, 39, 2.º derecha.

PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES
LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 161

SUMARIO

La Luz.—Fuentes del dogma cristiano (continuación del artículo 1.º sobre la tradición.)—Sobre el Salmo LVIII.—Remitidos.—Noticias.

LA LUZ

MADRID 15 DE NOVIEMBRE DE 1874

Cuando se contempla el doloroso espectáculo de desolación y ruina de que está siendo teatro nuestro país; cuando no se oye hablar más que de ciudades bombardeadas, de casas quemadas, de campiñas devastadas y de desolaciones de todo linaje, no puede uno menos de preguntarse: ¿Cuándo acabará este estado de cosas? ¿Cuándo los eternos enemigos del progreso, de la civilización y de la religión verdadera se detendrán en su funesta carrera de llevar la miseria, los desastres y la perturbación moral y material por do quiera?

Lo cierto es, que bien paga España sus errores de tres siglos. Esos que hoy destruyen los aparatos telegráficos é incendian estaciones, son los mismos que, no hace aun siglo y medio, quemaban cuerpos en las hogueras inquisitoriales; esos, que cuando penetran, por un azar de la guerra, en un instituto ó en un establecimiento de instrucción de una ciudad cualquiera, rompen, con verdadera fruición y delicia, los aparatos que sirven para la instrucción de la juventud, son los mismos que aprisionaron ayer el pensamiento y pretendieron detener el curso de la civilización; esos que disparan sobre los hospitales de Irún, y que, sin previo aviso, empiezan á bombardear una ciudad y hacen fuego sobre las mujeres, viejos y niños que huyen á una nación vecina, son los mismos que expulsaron á los judíos y á los moriscos y que se apoderaron de sus haciendas y de sus propiedades, contra todo derecho divino y humano, y esos que hoy hacen escarnio de la religión que aparentan defender, que empluman mujeres y roban trenes, que saquean poblaciones como cuadrillas de bandidos y que fusilan á hombres indefensos y á empleados de las estaciones de ferrocarriles, son los representantes del gobierno absoluto, de la intolerancia religiosa, del fanatismo de los curas de aldea, de las universidades convertidas en escuelas de tauromaquia, del clero apoderado de los negocios públicos, y en suma, de la ruina y calamidades de que España venía reponiéndose en estos últimos tiempos.

Deténganse esos hombres en su fatal carrera. La patria que todos pisamos es de ellos tanto como de nosotros. Se arruinan al mismo tiempo que nos arruinan. Se hacen responsables ante la his-

toria de mil crueldades y ante Dios de mil crímenes. Los gritos de los que han caído ya en la contienda deben resonar en sus oídos como en los del primer fratricida aquellas palabras: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?»

Y sin embargo, ¡cuán felices pudiéramos ser todos! Para todos hay un mismo Padre en el cielo; por todos ha muerto su Hijo, y en expiación de los pecados de todos; á todos nos ama, aún á los más criminales, y solo desea que volvamos á Él el rostro para tendernos una mano cariñosa. Paz en la tierra: buena voluntad entre los hombres. ¿No es ya hora de que empiece, siquiera de que empiece, el prólogo de esta hermosa obra del porvenir?

FUENTES DEL DOGMA CRISTIANO

(Continuación del artículo 1.º sobre la tradición.)

VIII.

III.—DESDE EL PRINCIPIO DE LAS DISPUTAS SOBRE LAS IMÁGENES HASTA LA REFORMA. (726-1517.)

Cuando se suscita una cuestión importante y acalorada entre dos partidos y cada uno tiene interés en salir triunfante de la lucha, hay el peligro de que se apele por uno ó por otro á medios poco convenientes y de que no se hubiera hecho uso si la cuestión no se hubiera planteado ó se la hubiera tratado con calma y sin el deseo de vencer al contrario. En general, sucede en la lucha de las doctrinas lo que en los combates entre las personas: que se hace uso de todas las armas, se inventan ardides, se buscan y rebuscan medios de ataque y de defensa y no se tiene escrúpulo en apelar al sofisma para enredar, siquiera, al enemigo y así vencerle. Esto sucedió en las disputas sobre las imágenes, que principiando en el siglo VI, tomaron su apogeo á principios del VIII, especialmente, después que *Leon Isaurico* publicó en 726 su famoso decreto contra su culto. La tempestad estalló de una manera violenta; la lucha fué terrible tanto en la Iglesia griega como en la latina. Los *iconoclastas* (1) se presentaron desde un principio muy poderosos; tenían á su favor la razón y sobre todo la Palabra de Dios, y el partido *iconolatra* (2), no pudiendo contestar á los textos terminantes de las Escrituras, que prohiben rigorosamente el culto de las imágenes, como una *idolatría*, trató de explicarlos, á pesar de su luminosa claridad, y como último refugio se encerró en la tradición. Fué á buscar las pruebas que la Escritura le negaba, á las catacumbas de Roma; rebuscó en algunos escritos de autores eclesiásticos algunos textos que le favorecieran; consultó la opinión y la práctica de algunas iglesias, y, ¿qué importa que la Santa Escritura condene esa idolatría, si la tradición en la apariencia la apoya? ¿Faltaba algo? Faltaba revestir á la tradición de un carácter infalible, para que así pudiera ser, á la vez que la Escritura fuente y órgano del dogma cristiano, y faltaba también que la autoridad de la emperatriz

Teodora, del segundo Concilio ecuménico de Nicea (en 787), y por último, la sanción del Papa, resolviesen la cuestión á favor de los *iconolatas*. Así la tradición, que hasta entonces había sido considerada solo como un auxiliar en la controversia dogmática, fué revestida de un poder que no tenía para resolver definitivamente las cuestiones de fe, prescindiendo de la Escritura y en contra de las Escrituras. Esto último aconteció en las disputas sobre el culto de las imágenes. La Iglesia de Roma representó en esta escena un papel importante, y decidiendo la cuestión á su favor, dió un paso considerable en el afianzamiento del poder que venía usurpando desde los tiempos de Constantino.

Luego vino un período de mutismo ocasionado por el universal desorden que produjo en Europa la irrupción de las razas germánicas y en Asia y Africa el mahometismo. No fué, sin embargo, un tiempo perdido del todo para la teología católico-romana, que relegada exclusivamente á los claustros de los monjes, pudo elaborar allí sin oposición alguna su *credo* y su *disciplina*, contenidos en las famosas *Decretales* y en el no menos célebre *Decreto de Graciano*. Este ha sido siempre el objeto constante de todas las aspiraciones de los Papas y el fin á que han tendido todos sus esfuerzos, especialmente en aquella época en que no existía un poder ilustrado que pudiera oponerse. Este es también el misterio de la teología escolástica creada para defender las pretensiones de la Iglesia romana y robustecer su poder universal. Y como la Santa Escritura no apoya esas pretensiones, ni autoriza esas doctrinas, ni reconoce ese poder mundanal, fué necesario acudir á otra fuente: á la tradición, y sacar de ella razones buenas ó malas, nada importaba, para sostener su tesis favorita. Pero dejando á un lado estas reflexiones generales, muy necesarias para conocer el espíritu y las tendencias de la teología escolástica, hagámonos caso de algunos hechos.

No negaron los escolásticos la autoridad de las Escrituras, antes, reconociendo la divinidad de su origen, apelaron á ella para probar los dogmas cristianos. Pero al lado de la Escritura colocaron la tradición, como fuente de la doctrina y la autoridad de la Iglesia, que tiene una conexión íntima con ella. Tampoco estuvieron acordes desde un principio en determinar exactamente las relaciones entre esas fuentes, y de aquí las opiniones más contradictorias que observamos entre ellos sobre este particular. Las cuestiones de si la Escritura Santa contiene todas las doctrinas del cristianismo, ó si algunas nos vienen solo de la tradición; en fin, si después del tiempo de Cristo y los Apóstoles la Iglesia ha recibido nuevas revelaciones, no estaban decididas entre ellos, y los vemos acudir á una ó otra de esas suposiciones, según lo exigía la índole de las doctrinas que se proponían demostrar. Por ejemplo: *Duns Scoto* en su *Comentario sobre el Lombardo*, sostiene que aunque no todas las doctrinas se hallan contenidas expresamente en las Escrituras, pueden no obstante deducirse de lo que ellas nos enseñan con claridad; y sin embargo, en otro pasaje de la misma obra (*Ad lib. IV. Dist. 6. Qu. 9. Párr. 13*) dice que el *carácter sacramental* no puede probarse ni por la Escritura ni por la tradición, y sí solo por la autoridad de la Iglesia romana. *Nicolás de Clemange*, otro célebre escolástico del siglo XIII (*lib. de studio theologiae*), hace el elogio de los antiguos Padres porque jamás osaron afir-

(1) Contrarios al culto de las imágenes, esculturas, etcétera.

(2) Defensores de dicho culto.

mar cosa alguna perteneciente al dogma y á la disciplina sin apoyarse en las Escrituras, y cita á este propósito aquellas célebres palabras de Jerónimo: «lo que no tiene autoridad por las Escrituras, con la misma facilidad se rechaza que se prueba» (*quod de scripturis sacris non habet auctoritatem, eadem facilitate contemnitur quam probatur*). Los más exagerados entre los escolásticos admitían, sin embargo, la existencia de nuevas revelaciones hechas á la Iglesia, y se apoyaban en ellas para probar lo que no podían hacer por la Escritura. Así, Gerson en el *Sermon de la concepción de María Virgen* dice en términos precisos que el Espíritu Santo revela directamente á la Iglesia muchas cosas que ántes no había revelado, entre las que cuenta la doctrina de la *inmaculada concepción* y de la *asunción de la Virgen*. Guillermo de Ocampo dice (tract. de sacram. altaris) que la doctrina de la *transustanciación* no se halla en la Escritura, mas que se debe creer que ha sido posteriormente revelada por Dios á los Padres. Nos abstenemos de citar otros muchos testimonios de escolásticos célebres que prueban que en aquella época no se había aún fijado de una manera terminante la doctrina de la tradición, y que en general no todos tenían iguales ideas acerca de las relaciones entre ella y la Escritura. Generalmente de lo que más se ocuparon los escolásticos entonces fué de sostener la autoridad infalible de la Iglesia romana en materias de dogma y de disciplina, apoyando las pretensiones de Gregorio VII en 1080 contra el duque de Bohemia, Wratislao II, sobre la prohibición del culto slavo, y fundados en aquel pasaje de Luc., XXII, 32: «yo he rogado por tí que tu fé no falte» cuyo texto Leon IX fué el primero en interpretar y aplicar á los Papas y á su Iglesia.

Cuando verdaderamente se fijaron las ideas sobre la tradición fué después de la aparición de la Reforma. Los grandes teólogos protestantes, Lutero, Melancton, Oecolampadio, Calvino y el mismo Erasmo, á pesar de sus incertidumbres, atacaron denodadamente la autoridad de esa Iglesia, que tantos males había acarreado al cristianismo, introduciendo en su seno dogmas, doctrinas, prácticas y ritos anti-cristianos, y, sobre todo, un espíritu que no es el espíritu de Cristo. La poderosa argumentación de los reformadores no podía ser contestada; su protesta contra la Iglesia de Roma tenía una fuerza inmensa, puesto que se apoyaba en pasajes muy claros y terminantes de las Santas Escrituras. Bien conocieron esto los teólogos romanos, que, impotentes para contestar con la Biblia á los argumentos de sus contrarios, apelaron, en el terreno de la discusión, á otras fuentes, cuya autoridad empezaron por sentar para que así tuvieran fuerza sus razones. No es del caso averiguar ahora si la tradición les favorece ó no; ellos debieron creer que sí, y en ese caso se consagraron á hacer valer los derechos de aquella y consagrar su infalibilidad. Si, pues, la tradición es un órgano infalible en materia de fé y de disciplina, y esa tradición, según ellos creían, estaba á su favor, tenían lo que querían. ¿Qué importaba que la Escritura les condenase? ¿Qué valor tenían los textos de la Biblia que les presentaban los protestantes, si contra ellos había otros sacados de la tradición? En último caso, lo que faltaba era interpretar aquellos por estos, someter la Biblia á la tradición y declarar á la Iglesia romana juez y maestra de la verdad (*judex et magistra veritatis*). Así lo hizo el Concilio de Trento en el decreto de las escrituras canónicas, sesión IV, 8 de Abril de 1546; así lo hizo Pío IV en su bula sobre el juramento de profesión de fé, año de 1564; así lo hizo Melchor Cano en su famosa obra de *Locis theologis*, y así lo han continuado haciendo todos los Papas y todos los teólogos hasta nuestros días.—Ya hemos probado en los párrafos anteriores que el testimonio de la tradición no es infalible, y hemos contestado á algunas de las razones de los tradicionalistas: debíamos hacer una breve historia de la tradición y la hemos hecho, en cuanto la índole de estos artículos lo permite. Ahora nos falta condensar los hechos citados para que la historia se presente bajo un golpe de vista.

Resumen. De la breve reseña que hemos hecho, resulta:

1.º Que en el primer periodo de la historia eclesiástica no se reconoció en la tradición autoridad alguna definitiva en materias de fé y solo se hizo uso de ella para probar los dogmas ya probados por la Escritura. No se la consideró como un nuevo órgano ó como una fuente del dogma para defender doctrinas contrarias ó extrañas á la Palabra escrita, porque las Iglesias, lo mismo que los escritores eclesiásticos de esa época, sabían muy bien que toda la doctrina de Cristo

y de los apóstoles estaba contenida en los libros canónicos, admitidos por todos como única *regla de fé y de verdad*.

2.º En el segundo periodo fué también esta la opinión y la práctica general. Algunos discípulos de Orígenes, sin embargo, principiaron á hacer uso de la tradición como *regla de fé* distinta de la Escritura, y sostenían que algunos dogmas procedían de esta, y otros de la tradición. Orígenes admitió también la tradición como fuente de la *gracia* (ciencia); pero sus discípulos avanzaron más y la aplicaron á las doctrinas de la *pietate* (fé). Pero no fué esta la opinión general de los Padres de ese periodo, que no admitían que la tradición contuviese doctrinas nuevas no contenidas en los libros canónicos, y solo admitían que la tradición explicase los dogmas contenidos de una manera oscura en ellos.

3.º La cuestión sobre el culto de las imágenes y las disidencias entre las Iglesias griega y latina obligaron á los Papas á apelar al testimonio de la tradición para probar su supremacía sobre todas las Iglesias. Los escolásticos continuaron esta obra, si bien no estaban acordes en fijar las relaciones entre la Escritura y la tradición. Estrechados después por los teólogos protestantes, que atacaron con la Biblia en la mano la autoridad de la Iglesia romana, necesitaron dar más fuerza y poder á la tradición, y en el Concilio de Trento anatematizaron á los que no recibiesen las tradiciones apostólicas con igual respeto y veneración que las Escrituras Santas.

La tradición, pues, como documento auténtico del cristianismo, no tiene á su favor el testimonio unánime de la historia. El argumento que los teólogos romanos quieren sacar de este testimonio, además del defecto de lógica que señalamos en el párrafo IV, tiene también este otro: proceder de un supuesto falso. *La historia no favorece á la tradición, como no la favorece la Palabra de Dios escrita.*

(Se concluirá.)

M. ALONSO.

SOBRE EL SALMO LVIII

(Continuación.)

II. *En el pecado actual.*—«Descarriáronse, etc.»—Hay dos caminos de donde se descarria cada hombre natural tan luego como nace.

1. *El camino de los mandamientos de Dios.*—Esto es, el puro camino de la luz en que los santos ángeles andan. Ejecutan su palabra obedeciendo á la voz de su precepto. (Salmo CIII, 20.) Es un solo camino con diez sendas por donde los rectos aman pasear. «Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová.» «Guíame por la senda de tus mandamientos; porque en ella tengo mi voluntad.» De esto nos descarriamos tan luego como nacemos, hablando mentira. Una de estas sendas dice: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio;» pero esta es una de las primeras que está abandonada—hablando mentira. (Isaías, LIII, 6.) Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino.»

2. *El camino de perdón.*—Jesús dice: «Yo soy el camino y la verdad y la vida.» «Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva á la vida.» También Isaías, XXXV, 9. «Para que caminen los redimidos.» De este camino también se descarrian hablando mentira. La vida se da á los pecadores para que entren por este camino; pero en vez de esto, la pasan alejándose de él más y más. La parábola de la oveja perdida muestra lo que es el estado verdadero de toda alma no convertida, extraviándose del buen Pastor. Este procura salvar á lo perdido; vosotros seguíis extraviándoos más y más. (Rom., III, 12.) «Todos se apartaron.» «Quebrantamiento y desventura hay en sus caminos y el camino de paz no conocieron.» ¡Oh! ¿Qué terrible significación da esto á la declaración «hablando mentira?» Porque está escrito: (I Juan, II, 22.) «¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo?» Y de nuevo: «El que no cree á Dios, le ha hecho mentiroso.» Ninguno puede apartarse de Cristo sin hablar mentira.

Aprended. Lo que es la terrible condición de aquellos de vosotros que sois hombres naturales.

Primero. Desde el día en que nacisteis os habeis descarriado de la senda de los Mandamientos de Dios. Cada año, mes, semana, día, hora y minuto ha estado lleno de pecado. Cada día os habeis apartado de la santidad de Dios, acercándoos más al infierno. Estais atesorando por vosotros ira para el día de la ira. ¡Oh! ¡qué tesoro! ¡Acumulando combustible para quemaros por toda la eternidad! Si algunos de vosotros vivís en la embriaguez ó en el juego ó cualquier otro pecado,

estais atesorando combustible para vuestro infierno eterno. Estais adelantando en el pecado. Os estais entrelazando las cadenas más y más alrededor de vosotros. Según la ley humana, cada vez que pecáis el hábito se hace más fuerte, de suerte que cada día llegáis á ser más perfectamente semejantes al diablo. Se hace cada día más difícil para volver. La experiencia muestra que la mayoría de los convertidos lo son en su juventud. Queridos jóvenes, cada día que viváis en el pecado os será más imposible para volver. Los que en su juventud buscan á Dios le hallan.

Segundo. Desde el día en que nacisteis os habeis descarriado de Cristo. El buen Pastor ha estado buscándoos. Cada día que viváis no salvos os apartáis de Él. Cada día os acercáis al infierno y os apartáis de Cristo. La incredulidad llega á ser más fuerte cada día.

III. *En la enemistad de los hombres naturales hacia Dios.*—«Veneno tienen, etc.» Por dos razones:

1. *Porque son los hijos de la antigua serpiente, el diablo.*—Todos los hombres naturales son la simiente de la serpiente. Ved Gén., 3, 15. Todos los que se oponen y aborrecen á los hijos de Dios, lo hacen porque son de la serpiente antigua y porque se queda en aquellos el veneno de ella. Juan el Bautista llamó á los fariseos una generación de víboras. (Mat., III, 7.) «¡Oh, generación de víboras!» También de una manera más terrible aun lo hizo nuestro bendito Señor (Mat., XXIII, 33): «Serpientes, generación de víboras.» Los fariseos y los saduceos no eran de distinta naturaleza que nosotros: tenían la misma carne y sangre y el mismo corazón malvado; eran de su padre, el diablo, y los deseos de su padre querían cumplir.—«Veneno tienen semejante al veneno de la serpiente.»

2. *Porque tienen una enemistad mortal contra Dios.*—El veneno de la serpiente es mortal. Al clavar el aguijón envenenado en un hombre procura matarle. Tal es el corazón natural contra Dios. Es enemigo mortal al santo gobierno de Dios. Se ha dicho que «Si el trono de Dios estuviese á nuestro alcance, y que si supieseis del hecho, no estaría seguro por una sola hora.» El hombre es enemigo mortal contra el mismo Señor de Dios. (Salmo XLV, 1.) «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios.» Es en su corazón donde él dice esto; este es el secreto deseo de cada alma no convertida. Si el pecho de Dios estuviera al alcance de los hombres, le darían un millón de puñaladas en un momento. Cuando Dios fué manifestado en carne, era todo codiciable; ningún pecado hizo; pasó de una parte á otra haciendo bien, y, sin embargo, le tomaron y colgaron sobre un árbol, se burlaron de él y le escupieron. Y si los hombres pudiesen lo harían con Dios otra vez.

Aprended. Primero. La terrible depravación de nuestro corazón. Me atrevo á decir que no hay al presente un hombre no convertido que tenga la mínima idea de la monstruosa maldad que está dentro de su pecho. Al llegar al infierno prorrumpirá sin constreñimiento: Dejadme decir lo que es: teneis un corazón que mataría á Dios si pudiese. Si el seno de Él estuviera á vuestro alcance y si con una puñalada pudieseis darle la muerte, teneis el corazón que lo haría.—Segundo. El asombroso amor de Cristo. «Siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.»

IV. *Sordos á la voz del Evangelio.*—Es un hecho bien sabido que muchas clases de serpientes pueden amansarse por el poder de la música. Esto se refiere en Ecles., X, 11 y Jerem., VIII, 17. Muchos viajeros en Egipto e India han visto esto. Pero se dice que hay una especie de serpiente que, ó es sorda, de modo que no puede oír la música, ó tiene el poder de hacerse sorda por el tiempo, de suerte que no se encanta. Así es con el hombre no convertido.

Cristo es el gran encantador. Su voz es como ruido de muchas aguas. Nunca ha hablado hombre así como este hombre habla. Cuando Andrés y Pedro le oyeron, dejaron todas las cosas y le seguían; así hicieron Jacobo, Juan y Mateo. Cuando la esposa (la Iglesia) le oye, exclama: ¡La voz de mi amado! Cuando las ovejas oyen su voz, le siguen; cuando los muertos oyen su voz, viven; cuando los que están cargados la oyen, encuentran descanso.

Pero los hombres no convertidos no quieren oír. Son semejantes á Manasse—no escucharán; son semejantes á los judíos cuando Esteban predicó—se taparon los oídos y á una corrieron.

¡Ah! ¡Cuántos de vosotros haceis la misma cosa—taparos los oídos! ¡Cuántos de vosotros os tapáis los oídos con el ruido del mundo, su papel y sus cuidados, y otros por una concupiscencia amada! La voz del gran encantador ha sido oída frecuentemente en este lugar,

y algunos la han oído y le han seguido; ¿por qué os habeis quedado atrás?

Appended. Primero. La necesidad de este proceder. Cristo está encantandoos para bendeciros, para conducir a la paz, al perdón y a la santidad. «No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.» Segundo. La culpa de esto.—Es el más grande pecado de todos el desearle a él que habla de los cielos. (Hebr., XII, 25.) Es irremisible. Toda suerte de pecado y blasfemia os serán perdonados; pero si no oyéreis la voz de Cristo tendréis que perecer. Llama a nuestra puerta diciendo: «Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él.» ¡Oh! ¡Pensad qué grande es la culpa de dejar estar a pie al Hijo de Dios a vuestra puerta! Muchos quieren echar la culpa de sí mismos; pero Dios se lava las manos del delito del incrédulo. Sois vosotros que os tapais los oídos; «vosotros resistís siempre al Espíritu Santo.» Y el día se acerca en que descubriréis que «el que no creyere será condenado.»

Memorias de MAC CHEYNE.

REMITIDOS

Sr. Director de LA LUZ.

Mi amigo y hermano en el Señor: Rompo por fin el largo silencio que las circunstancias me impusieron, y aunque no le comunique noticias tan gratas cual yo deseara, al menos le daré noticias de mi existencia, y que la obra del Señor a mi cargo, también da señales de vida. Aun no está muy lejana la fecha que tantos días de luto causó a esta población la tristemente célebre revolución cantonal; sus efectos se hicieron sentir también en la propaganda evangélica, pues muchos que abrazaron el Evangelio yacen dispersos, por causas que V. fácilmente comprenderá. Además, es un hecho constante en la historia que los grandes cataclismos en revolución son causa de las grandes reacciones; aquí tocamos los resultados, y aun en la cuestión religiosa se nota de una manera especial; aquí siempre hay novenas, sermones, y muchas Iglesias que amenazaban ruina han sido reedificadas; nuestra capilla y escuelas que desde mi estancia aquí habían sido respetadas, el día 8 de Setiembre fueron acometidas por una turba de mozalvetes y rompieron los cristales, después volviéronse a repetir los mismos actos, y aun una tercera vez. Puse el hecho en conocimiento de la autoridad civil y militar, pues como V. comprenderá, no se trata de defender mi persona, sino la libertad religiosa garantizada por la Constitución del Estado. Este asunto se halla *sub judice*, y por lo tanto omito comentarios. El estado general del país no es el más a propósito para que el Evangelio recoja los frutos que es de esperar; una continua agitación mueve los ánimos

que tanta tranquilidad han menester para que la Palabra de Dios produzca sus frutos. Las palabras de paz y bienestar, son substituidas con las de guerra y desolación; este es el objeto que a todos preocupa, pues sus efectos se extienden a todas partes.

Aquí hemos tenido también nuestros sobresaltos, los carlistas estuvieron cerca de Murcia, multitud de sus habitantes vinieron a refugiarse bajo estos muros; ya parece que, a Dios gracias, esta provincia se halla limpia de carlistas, no sin haber dejado antes sensibles recuerdos, como los fusilamientos del jefe y empleados de la estación de Pozo-Cañada; destrucción de estaciones, puentes y wagones que nos han tenido por bastante tiempo incomunicados. ¡Quiera Dios poner fin a tantos males, terminando esta guerra cruel y fratricida!

En medio de tantos disgustos, también he tenido mis días de consuelo, amigo mío; me refiero al natalicio de mi niña Sara, el 4 de Setiembre, que bauticé el 26 de Octubre. No sin razón menciono este hecho, pues el bautizo dejó, en muchas personas que desconocían nuestras costumbres religiosas, muy gratos recuerdos. El que tuvo a la niña en el acto de echarle el agua fué nuestro hermano en la fé D. Carlos Francellius, ruso de nación que habita muchos años ha en España, y que tantas simpatías ha demostrado a la Obra Evangélica. Presenció el acto una escogida concurrencia, que aunque agena en su mayoría a nuestra Iglesia, todos invocamos el nombre de Dios, y quién sabe si no estará lejano el día en que todos tengamos un solo Dios, una sola Fé y un solo Bautismo. Aguardaba para que hubiera verificado el bautismo a nuestro hermano A. L. Empaytaz, Pastor en Barcelona, pero contratiempos de viaje nos privaron la satisfacción de pasar unos días juntos.

No sé si comuniqué a Vd. que tuve necesidad de abandonar mi primitivo local, Plaza de las Monjas, sitio de muy gratos recuerdos, pero al fin encontré en seguida otro en la Plaza del Rey, núm. 16. Allí tengo mis cultos, que aunque no numerosos, son constantes los que acuden; las escuelas siempre concurridas; la asistencia diaria es de unos 110 entre niños y niñas, aunque habrá unos 150 en lista. Desde año nuevo, y aun ahora algunos, todos pagarán una pequeña cantidad. El día 15 del actual se inaugurarán las clases de adultos de noche; ya tenemos en lista 10.

Es cuanto, amigo mío, puedo manifestarle; reciba el afecto cristiano de su hermano en el Señor.—*Felipe Orejon.*

Cartagena 10 de Noviembre 1874.

Sr. Director del periódico cristiano LA LUZ.

Nuestro querido hermano en el Señor: La Congregación de Córdoba de la Iglesia Cristiana de Jesús,

suplica a Vd. se sirva dar publicidad en su ilustrado periódico a la siguiente manifestación, hija del sentimiento cristiano y del deseo de no tener que verse privada de la refulgente luz del Evangelio. Con este motivo, da a Vd. anticipadamente las gracias por tan distinguida atención.—En su representación.—Córdoba 9 Noviembre de 1874.—*Antonio Escudero.*

A LOS PASTORES ESPAÑOLES Y A TODOS LOS CRISTIANOS DEL UNIVERSO.

Salud y paz. «Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo así, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación.»

Esta Iglesia de Córdoba, a la que con satisfacción pertenecen los firmantes, necesita dejar oír su voz hasta aquellos oídos que, mal interpretando los hechos, olvidan la palabra «reconciliación», predicada y adquirida por Cristo. No entraremos a hacer historia de esta Iglesia, porque es demasiado conocida; pero no omitiremos decir que es la que más ha luchado en el proceloso mar de las alternativas mundanas. Esta huérfana de nueve meses no ha contado con otro tutor que la caridad de sus pobres miembros y la de sus hermanos en la fé de otras poblaciones. Esta huérfana de nueve meses ha aumentado los medios de diseminar su doctrina en medio de la horrorosa lucha del fanatismo contra la pobreza; de la idolatría contra la verdad del espíritu; de la locura religiosa contra la abnegación cristiana, y de la debilidad de vuestra fé contra la humildad y mansedumbre. Atrevida os parecerá, y hablamos de los pastores españoles, al darse por aludidos en la debilidad referida; pero consultaos como cristianos, y os saldrá al encuentro, cual un espectro horrible, la circular del 25 de Agosto, en que vuestros colaboradores y compañeros de ministerio os invitaban a la caridad, y luego dirigíos con el resultado de la consulta al santuario de vuestra conciencia, y respondednos. ¿Qué motivo, qué causa, qué sospecha ha dado el laborioso y probo Pastor D. Antonio Sanchez para que le dejeis morir de hambre? ¿Qué, no es bastante el testimonio que hemos dado del que no creemos tener rival, para que mireis hasta con indiferencia a una congregación que se ha quitado el pan de su boca para alimentar la familia del que tratais de hundir en un abismo? ¿Quién os ha hecho creer que no admitimos la protección extranjera? ¿Cómo habeis sido tan cándidos en admitir por verdades lo que solo han sido suposiciones infundadas? ¿Y sabeis, perdonad la digresión, por qué nos hemos separado de Roma? Pues solo una causa nos ha impulsado: el conocer que es un mal muy grave creer demasiado. ¿Qué delito ha hecho D. Antonio Sanchez, vuestro compañero y compatriota? Os lo diremos por si lo habeis olvidado. La Iglesia de Irlanda se encargó de sufragar los gastos de esta; así vivíamos, cumpliendo cada uno

vuestros hijos, como ganareis sus corazones. Si no haceis más que esto, debo deciroslo, no haceis nada, absolutamente nada. Son los sentimientos que os oyen espresar habitualmente, los principios que rigen vuestra vida de cada día, las inclinaciones y las antipatías que manifestais delante de ellos, el conjunto de las reglas establecidas en la casa tocante al traje, a los alimentos, al mueblaje; las diversiones que os permitís, la sociedad que recibís, la clase de lecturas que haceis, en una palabra, el aspecto general que la vida ha tomado en vuestro interior; hé ahí lo que influye sobre vuestros hijos; hé ahí lo que crea al rededor suyo la atmósfera en la cual se preparan, sea a una eternidad de dicha, sea a una vida sin Dios en el mundo y a una muerte sin esperanza. La naturaleza da al padre y a la madre una influencia especial sobre sus hijos, sobre todo en la primera edad; estos están completamente en la mano de sus padres. El amor paterno y materno es el sentimiento más profundo que pueda experimentar el corazón humano; el amor conyugal es más vivo quizás; pero cuando toma raíz, los caracteres ya son formados, un conjunto de costumbres está contraído para la vida, mientras que a

de las doctrinas ó en una simpatía tradicional hacia tal iglesia ó hacia tal secta; una piedad semejante puede engañar al mundo y cegar al que la practica, pero no ganará el espíritu observador de sus hijos y no llamará sobre su casa las bendiciones divinas. La piedad que llama la atención de los hijos y de los criados, es la influencia de una acción constante aunque oculta, es el espíritu cristiano revelándose en todos los pormenores del interior, y no la vana ostentación de una profesión exterior. La religión no puede llevar frutos más que con la condición de ser verdadera. Una religión de puras formas exteriores no aprovecha a nadie. Un hombre cuyo corazón no es vivificado por el Espíritu Santo, es un árbol estéril, el cual, tarde ó temprano, será cortado y echado al fuego. Pero ciertamente, no hay lugar en donde el hipócrita esté más seguro de ser descubierto que en su propia casa. Fácil es descubrir, cuando se trata de cerca a una persona, si su piedad es verdadera ó aparente, si ha experimentado ó no en su alma la influencia de una verdadera conversión y si su fé se manifiesta en el cumplimiento de sus deberes de cada día. No es solamente hablando de cosas espirituales a

CAPÍTULO IX

Educación religiosa de la familia.

Educar unos hijos de tal manera que puedan ser una honra para sus padres y una bendición para el mundo, no es una empresa fácil. Si se considera en efecto lo que es preciso para educar a un hijo como es debido:—prudencia, sabiduría a la vez dulce y firme, unidad en el fin, dominio sobre sí mismo, constante vigilancia, fé viva, espíritu de oración, paciencia;—si se considera, digo, todo lo que exige la educación de una familia, ¿cómo no reconocer que hé ahí una tarea de una dificultad más que regular? Luego, una cosa que tantas personas emprenden, que tan pocas llevan a buen fin, y acerca de la cual muchas tienen

con su deber, en la paz, y plagiando á la que disfrutaban los primitivos cristianos. Mandó Irlanda un delegado, que nosotros recibimos bien, cualesquiera que fueran sus simpatías; el tiempo transcurrido, verificais una Asamblea cristiana en Madrid (1873); el delegado, que veía la importancia de esta Iglesia, pide en ella ser su Pastor, y vosotros, que sabíais cuánto queríamos á D. Antonio Sanchez por su elevado comportamiento, acordais que este señor sea el Pastor de Córdoba, como lo era antes, sin que por eso dejaran de arreglarse los dos Pastores. ¿Esto, no fué lo que acordásteis? ¿Debía el respetabilísimo Sr. Sanchez haber dicho: «abandono mi Congregación y que se encargue de ella otro,» por más que no fuera del agrado de esta? Si este es el delito, no le habeis juzgado bastante, porque aun le queda otro. Nos consta, y de ello tenemos una certeza moral, que á nuestro honrado Pastor se le hicieron ofertas con tal que se separara de vuestra comunión, y haber creado una Iglesia con la que fomentaran todavía más los miserables antagonismos, y este hombre rehusó. Para conseguir su intento le retiraron los fondos, le arrojaron ignominiosamente, y en el término de tres días, de la casa-Iglesia, y hacen alarde de que, sitiándole por hambre, harán sucumbir la víctima cristiana. Nosotros, los primeros á quienes se nos había ofrecido protección material, pero con la miserable condición de emanciparnos del Pastor, no quisimos aceptar esta doble humillación y nos entregamos en manos de la Providencia; ¿para qué deciros la abnegación del Pastor, puesto que vosotros la sabeis?

Abandonado, sin recursos y sin local para la Iglesia, cuánta será su honra, que habiéndose eliminado el *Coloso* de esta población, encuentra una casa, que con prestaciones y la miseria de nuestra posición, se consigue sorprender al mundo, y el hombre aislado, el hombre desconocido, el hombre odiado por el fanatismo, el hombre víctima, pero cristiano, eso sí, presenta una Iglesia en las mejores condiciones que casi todas, en el mejor sitio de la población; y si esto escuece, debe ser como escuece la gangrena de un cáncer; la ciencia no tiene la culpa de que existan cánceres, como el Sr. Sanchez, fiel amigo, no tiene la culpa de que existan «falsos amigos.» Hé aquí el otro delito que os hemos hablado.

Concluiremos por deciros á vosotros que el comportamiento, régimen, sistema ó como queráis entender de esta Iglesia es inmejorable, y que á pesar de la miseria y privaciones que nos rodean, aumenta en esta de una manera grande y visible, y como esto ya atañe á todos los del mundo cristiano, á ellos, comprendidos también vosotros,

Manifestamos: Que el vencimiento del alquiler de la casa está al caer (30 del actual); que la Iglesia ha hecho los supremos esfuerzos; que su Pastor perece de

necesidad; que sobre la congregación, que ha agotado todos sus recursos, amenaza la ruina, y confía, después de Dios, en vosotros: que las escuelas, abundantes en número, están exhaustas de material; en una palabra, que la hasta ahora brillante obra de Córdoba, cae si no la prestais un apoyo. ¿Estareis satisfechos en decir que nos importa? No olvidéis que antes de pronunciarlo habeis de abrir vuestra mano y dejar caer el sagrado volumen de la Palabra de Dios. ¿Os mostrareis sordos á nuestra voz y volvereis la espalda á una Iglesia que no tiene mancha ni arruga? Antes de hacer esa anticristiana conversión, vosotros sabéis que os colocais frente á frente de Belial. No lo esperamos, creemos firmemente, y casi lo tenemos por seguro, que acudiréis presurosos con la espada de la fe á defender el baluarte del cristianismo y no permitireis nuestra deshonra, que al correr pareja con la vuestra, había de herir de rechazo á todos los fieles y hermanos en Cristo. Ya sabéis á dónde dirigir vuestros obolos como se halla consignado en la referida circular de 25 de Agosto del año actual; y para esta población á nuestro representante (fonda de Oriente, Córdoba).

Que Dios ilumine nuestras mentes y que la bendición de Dios padre, el amor del Hijo y la gracia del Espíritu Santo sea con nosotros. Amen.

Siguen las firmas.»

NOTICIAS

En una carta de la frontera que reproduce *El Comercio* se dice, hablando de los espectadores al sitio de Irún:

«Los hermanos de la Doctrina cristiana habían dado también asueto á sus alumnos para que pudiesen ir á la frontera á gozar y aprender en tan bárbaro y destructor espectáculo. ¡Así se educa el tierno y delicado corazón de la niñez!»

¡Si serán enemigos de la efusión de sangre estos hermanos de la Doctrina cristiana!

La iglesia parroquial de San Juan de Laiño, en el ayuntamiento de Padron, fué robada hace algunos días, llevándose los ladrones varios objetos de valor. Una más y van cien mil.

La escuela de teología de la iglesia libre de Lsanna cuenta en los actuales momentos con 33 estudiantes, á los cuales hay que añadir 13 que han de sufrir la última prueba para obtener el diploma de licencia. De estos 51 estudiantes, 10 son españoles y 2 armenios.

La casa de huérfanos que el eminente cristiano llamado Jorge Muller ha fundado hace algunos años en la vecindad de Bristol ha educado desde su fundación á cerca de 30.000 niños abandonados, y ha recibido

como dones espontáneos la suma de quince millones y medio de francos.

Con todo el poder que las instituciones y el estado inculto de la gran masa del país dan en Rusia al soberano, no se ha creído allí el Gobierno dispensado de organizar la familia civilmente y extender los beneficios de la ley á todas las personas, rompiendo las tradiciones de intolerancia bajo el punto de vista religioso que allí existían.

Por primera vez en la historia, las sectas disidentes del imperio ruso son reconocidas por el Estado y provistas de los medios de contraer matrimonios válidos á los ojos de la ley. En adelante los nacimientos, fallecimientos y matrimonios de los disidentes serán registrados por los empleados públicos. La importancia de esta ley se comprenderá sabiendo que sus beneficios serán extensivos á unos 15 millones de personas que ó no tenían ministros de altar, ó cuyos ministros no están reconocidos por el Estado.

Aprendan los neo-católicos en este ejemplo de la atrasada Rusia.

El número total de súbditos ingleses en las islas británicas es de 31 millones. En estos 31 millones de habitantes, Inglaterra y el país de Gales figuran por 22.836.164. El número de mujeres en estos dos países sobrepasa al de los hombres en 75.070. Contábanse en la época de la formación del censo, 155 personas de edad mayor de 100 años; en esta cifra figuran 114 mujeres por 41 hombres. Había 1.246.000 jóvenes solteras de 15 á 24 años. Toda esta población habita en 4.259.117 casas, subdividiéndose en 5.049.016 familias. Sólo hay un millón de extranjeros, si como tales se cuentan 800.000 personas nacidas en Escocia, Irlanda y colonias inglesas, que han trasladado su domicilio á Inglaterra, propiamente dicha, y al país de Gales.

El número de verdaderos extranjeros no pasa de 140.000. Desde 1861 los grandes centros de población han aumentado considerablemente en número é importancia. Contábanse en 1871, 938 ciudades en lugar de 781 como en la primera fecha, y la población se había elevado de 11 á más de 14 millones. Hace 20 años que Barrow, Furnes y Middlesborough, eran pobres villorios, hoy son prósperas aglomeraciones de 18 á 40.000 habitantes. Por último, el censo nos proporciona algunos datos curiosos acerca de las divisiones profesionales de esta población. Las profesiones liberales, como literatos, artistas, abogados, médicos, clero, etcétera, forman un total de cerca de 700.000 personas.

Los criados de toda clase constituyen un núcleo de 5.000.000; 1.600.000 personas se dedican á los trabajos agrícolas. Las clases obreras comprenden más de 5.000.000, cuya tercera parte la constituyen mujeres. En la clase improductiva en que se encuentran mezclados, por una relación bastante singular, los rateros, los vagos y los rentistas, estos últimos cuentan 163.000 personas. En fin, los niños son en número de 7.500.000.

MADRID.—1874

IMP. DE MANUEL G. HERNANDEZ

San Miguel, 23, bajo

que confesar al término de su carrera que han cometido grandes faltas, una cosa tal no puede ser fácil. Y no son únicamente los mundanos los que educan mal á sus hijos; la verdad nos obliga á reconocer que unos padres cuya piedad es incontestable cometen amenudo los más graves errores en la dirección de sus familias. Conocemos aun á muchos fieles pastores, activos y bendecidos en su ministerio, los cuales tienen *grande tristeza y continuo dolor en su corazón* (Rom., IX, 2) por causa de la desobediencia y de la conducta mundana, si no escandalosa de sus propios hijos.

Los deberes de los padres son tan importantes, que no será fuera de lugar señalar algunos de los peligros que atrae su violación, como también mencionar las verdades esenciales que es preciso conocer y poner en práctica para gobernar cristianamente su casa.

El primer fundamento de toda piedad en las familias consiste en la *piedad personal de los padres*. ¡Oh! ¡los hijos del justo que camina en su integridad, bienaventurados serán después de él! (Prov., XX, 7.) Yo sé que existen familias bien dirigidas, cuyos jefes no tienen ninguna pretensión á la piedad. También sé que se encuentran amenudo en los senderos

de la verdad personas, las cuales, sin embargo, no fueron nunca enseñadas en su niñez á desear una piedad personal, y aun muchas hay que se vuelven piadosas á pesar de la dirección contraria de sus padres. Pero la ley común que el soberano Maestro del mundo ha establecido es que la piedad de los padres es, por decirlo así, el manantial de donde sus bendiciones brotan con abundancia sobre la familia. *La promesa ha sido hecha á vosotros y á vuestros hijos* (Hech., II, 39). Si Abraham no hubiese sido un hombre de Dios, Isaac sin duda hubiera sido un idólatra. Si Jacob no hubiese tenido temor hacia su padre Isaac, Jacob quizás hubiera sido tan perverso como Esaú. Por fin, si la piedad de Jacob no hubiese sido un principio activo, el cual vivificaba y animaba su vida entera, esa piedad indudablemente la hubiera perdido en la sociedad de su tío Laban y hubiera dejado caer su numerosa posteridad en los crímenes sin número de los cañaneos.

Pero para que la piedad de los padres sea una levadura en la familia, es preciso que esa piedad sea verdadera. No debe consistir únicamente en la asistencia al culto y en la participación de la Santa Cena, en la inteligencia

nuestros hijos los recibimos como arcilla que no quiere más que ser trabajada. Temprano descubrimos desgraciadamente, que su instinto los inclina hacia el mal; pero las malas costumbres aun no están arraigadas, podemos inclinar el tierno retoño como nos dé la gana y dar al arcilla tal forma que nos convenga; esas tiernas criaturas están enteramente á nuestra disposición. Somos dueños de elegir lo que deben oír, ver, probar y sentir; elegimos su sociedad y damos el tinte que nos place á sus primeras impresiones; andan llenos de confianza allí donde nos ven andar; poseemos un poder casi sin límite sobre su espíritu uaciente; podemos, por decirlo así, atar ó desatar, cerrar ó abrir. Necesitareis mucho tiempo para adquirir una verdadera influencia sobre unos estranos; pero vuestro hijo siente instintivamente desde la cuna que nadie puede quererle, ayudarle, consolarle tan seguramente como vos, y durante sus primeros años, tiempo en el cual se forman las impresiones más duraderas, confía naturalmente en vos. Vuestro imperio sobre este joven heredero de la eternidad es casi absoluto, lo repito; sobre vos tiene los ojos fijos, os sigue, os imita; vuestras sonrisas ó vuestras miradas severas,